

infieles, sin reato ninguno, porque antes de la conquista no había aquí representantes de la raza equina, y, por tanto, no hay conflicto de casta entre ellos.

---

## La Ruana

En París, todas las mañanas, hacia las nueve, veía yo llegar en alegre tropel un grupo de cabras negras, por la avenida Victor Hugo, a situarse en el atrio de Saint Honoré d'Eyleau, donde las ordeñaba, tan tranquilamente como podía hacerlo en la cueva más apartada de los Pirineos, el pastor que las traía, un moce-ton medio desnudo y muy mal calzado, que tocaba en caramillo tan agreste y primitivo como el de Dafnis, y pensaba yo en aquellas pobres cabras de mi tierra, que vi en mi infancia tántas veces entrar atropelladas a los zaguanes, arreadas por unos niños malhablados, muy envidiados por nosotros los niños "decentes" que no podíamos —la "posición" nos lo impedía— huir con ellos al cerro, tras del rebaño bochinchero... Las tales cabras —¿a qué negarlo?— dejaban los zaguanes muy sucios; pero, en cambio, colocaron en nosotros algo del grano de poesía, sin el cual resulta la vida tan insípida como una sesión parlamentaria, tan dura como un par de botines sin medias. Pero, en fin, lo que se puede en París, no está bien en Bogotá. Resignémonos, y vamos a ver la impresión que en cuanto a la comodidad y estética causa la gran proscrita en el ánimo extranjero.

Erase un invierno muy duro de fines del siglo pasado, cuando viajaban por Escocia don Santiago y don Manuel Samper; en una de las estaciones entró a su compartimiento un inglés que llevaba trazas de hombre rico y distinguido; sentóse frente a ellos y extendió sobre las rodillas, lo mejor que pudo, para abrigarse, la finísima manta que llevaba. Reparó en éstas en los bayetones que cubrían deliciosamente a los dos colombianos, volvió a tomar la manta, la colocó sobre el asiento, y calculando el centro le abrió con la navaja un hueco, y se puso la ruana.

En la guerra del 40 llegó a Guaduas, prisionero de guerra, en vía para la capital, donde debía ser juzgado y seguramente fusi-

lado, el coronel inglés Murray. Lograron sus copartidarios de la localidad fraguar la fuga del preso, y cuando éste se hallaba a regular distancia de la cárcel, se detuvo y dijo a su guía:

—“Me vuelvo”.

—“¿Por qué?”

—“Porque se me quedó mi ruana”, respondió el coronel.

Don Ernesto Bourgarel fue un distinguido francés que tuvo, durante varios años, la representación diplomática de su país en Colombia. Retirado ya de la carrera, vivía en su bella quinta de las cercanías de Toulon. En los inviernos, los turistas que andan por la Costa Azul le veían pasear por allí, cubierta la cabeza con un legítimo suaza, bien envuelto en la jerga que llevó de la Sabana, y que seguramente le acompañó en su vejez y le consoló hasta el último día. Le consoló, sí, señor, porque la virtud principal de la ruana es su virtud consoladora.

---

## Las visitas

Las gentes de hoy, por muchos aspectos más afortunadas que nosotros, ignoran una cosa que los de otros tiempos conocimos y gustamos ampliamente. La visita, las visitas; la práctica del verbo visitar es algo tan extraño ahora en el orden social, como puede serlo en el de la zoología el dinosaurio y el mastodonte. Con el eclipse de la visita ha venido lógicamente el de la conversación. En el campo y en la sala la conversación, cuando no estorba, sobra. El golf impone el silencio; el bridge es un juego de cartujos. Antaño quien poseía el dón de la conversación, disponía de una superioridad efectiva. A la sombra de las tertulias se hicieron movimientos políticos y se cumplieron evoluciones literarias. Y es curioso observar cómo bajo el imperio del más intransigente individualismo la sociabilidad fue en extremo activa y eficaz, a tiempo que en estos días de cacareada sensibilidad social y de colectivismo (colectivismo porcino que dice Salvador de Madariaga), las gentes se aíslan más y más, y la obra social se mecaniza sin producir ni arte ni bienestar, ni nada que estimule